

El despertar de los fósiles

Marifé SANTIAGO BOLAÑOS y Pili RODRÍGUEZ

IES María Zambrano, Segovia
julmin@ctv.es

Recibido 05/11/2008
Aceptado 09/01/2009

Despertares...

Esta escritura primero se conversa; la reflexión, de haberla, luego, entre palabras que enmascaran y silencios desveladores.

Primero, salvar ciertos detalles agonizantes entre escombros de nuestra biografía. Tal vez sean ruinas y no escombros; sé que no es lo mismo, pero ambos son, en cualquier caso, el resto, lo que queda.

La paja guardaba eso otro, lo que la luz no muestra, lo que la torpe razón aparta con un gesto que no se atreve a nombrar.

(Voy del sudor a la esperanza; de la derrota, a la sonrisa. Voy a la llaga, al dolor; pero también al gozo).

El resto es la memoria. Se disfraza de deseos que se parecen a la necesidad: la memoria es tan pudorosa que sería obsceno mirarla así, sin distorsiones: pocas veces está desnuda.

La paja guardaba eso otro que la luz no se atreve a mostrar. Como la memoria.

Mundos abandonados, convertidos en paisaje; palimpsesto que, capa a capa, conserva la imagen fugitiva de tanto y tantos desconocidos, cuya magnitud da cuenta exacta de ese otro que somos y desconocemos.

(El reflejo en el agua es maestro y agresor, jamás lo olvides).

Quizás el alma es la escombrera de ese resto. O la ruina. Ya sé que no es lo mismo, y que en los escombros hay que rebuscar pérdidas o posibilidades perdidas.

La ruina es, en sí misma, la insinuación certera de ese algo: por eso es bella y nostálgica y el escombro es puro desamparo.

Reflexionar, decía, vino detrás de la conversación (detrás en el tiempo y en el espacio). Cuando llegó su turno la acción me hizo, simultáneamente, espectadora que arrastra en la quietud un mundo de ruinas y escombros; de nostalgia y desamparo, pues.

Espectadora de estos frágiles, sagrados e inquietantes universos de paja que, como fósiles, son páginas nómadas a la espera de ser leídas. Reclamaron mi atención en territorios que no se ajustan a los mapas e incluyen autovías y senderos de España, de Níger o de la India. No se ajustan, digo, a los mapas; crean, en cambio, otros mapas muy distintos, otros conjuntos mentales muy distintos, otros enlaces sentimentales muy distintos:

Se trata de agradecer cuánto le deben el pacto y el rigor a la imaginación creadora, y de reprenderles por su engreimiento.

Porque, ¿he de referirme a la suspensión de la rígida racionalidad que cava fosas?, o, ¿quizás mejor a las pavesas ensuciando de infamia las calles de la Historia?

No es lo que se ve, sino el ver. No es la lógica que propuso una forma, sino el tiempo defendiendo otras razones que han acabado por imponerse.

(Sólo de soslayo: el rito básico del pan, Eleusis, el robo de la ceremonia que se convierte en mezuquina especulación cuando se la despoja de poesía).

Espectadora de un cosmos atávico, confuso, donde los espejos dejan poco lugar para el misterio. Sin embargo, el misterio vagabundea dentro de todo.

Esta escritura es alborada y elegía. Nació dialogando y acabó en la soledad del escribir sin más rumbo que el de la sombra reflejada en las paredes del corazón: lo que para la espectadora pertenece al hálito artístico es para otros la tiranía de la presencia, la rutina de las horas.

Lo que a la espectadora le place del pensar brotado en la contemplación activa, para otros es supervivencia cotidiana.

Y eso, lamento escribirlo, hace mucho daño: es el olor y el peso de lo real que se filtra por las rendijas de los poemas.

¿Basta mirar?, ¿basta saber que sólo el poema es responsable del peso y del olor de la vida?

FÓSILES

PRIMERO

Acepto exhumar lo íntimo
con la templanza
que tiño mis cabellos

o

dejo mi boca
entre los dedos ajenos
de un médico.

Comienzo, entonces, por la mugre, la que sustituye a la pierna, la que es sustituida por una tormenta de arena infinita.

Es verdad:

la pobreza pesa tan poco como la sombra de una araña, y la memoria de la pobreza pesa tan poco como el sueño de aquella viuda que habría cumplido nueve años en diciembre.

TERCERO

El vacío de tus manos se llena de trigo: fertilidad sobre el cabello de la novia.
Luna en la espalda, saliva en los labios, una pulsera que tejieron para ti con espigas,
las manos sembrándote, el tálamo de paja de los esponsorios.



CUARTO

Arena: la cosecha del sol. Los barrios donde los campesinos fabrican ladrillos de adobe, y si un niño se pierde nadie saldrá a buscarlo.

QUINTO

Arena: la boca del músico llena de arena. Las calles desaparecidas según la inapelable decisión del viento.

No hay fiestas aquí: eso quería decirte.



SEXTO

Búsqueda: la voz oscura del tiempo te dice “No estás sola”; te dice “No nos hemos ido todavía”.

La cámara, una tónica botella arrojada al mar. Escribes, apresurada, mensajes de náufrago:

¡Entiérralos en las entrañas de la memoria, vamos!

SÉPTIMO

Este fósil un día respiraba. ¿Y tú?



OCTAVO

Cuando te ibas, en la madrugada del autobús y la maleta, empezaste a ser el sueño del perro en la plaza: él es celador de tu memoria, ¿qué te parece?

NOVENO

Cuentos: el padre dice que su hija es capaz de convertir la paja en hilos de oro. Su aparente arrogancia es un alarido de pánico.

Cuentos: ¿como cuando se llevan a los niños a la selva en guerra y los convierten en asesinos y el recuerdo de la felicidad los vuelve locos?

¿La esclavitud pudre el alma?

¿Cuentos, dices?



DÉCIMO

Hubo terror y deseo
Hubo huida y la necesidad de hacerse sedentario
Después hubo casas
Las derribaron
Los huertos eran, entonces, ruina
Los frutos eran, entonces, escombros

El terror, el deseo,
 la ocultación, eran basura.
Después.

Hubo otras casas; trataban de sepultar el simulacro y los olvidos del nómada, su horizonte
(Los cimientos tiemblan de vejez, respiran la memoria de ciertos manuscritos)

UNDÉCIMO

Pesebre:

Tú, cabeza abajo, sangre todavía de otra, leve en las manos de esa mujer que te nace.

Primer llanto:

La vida lo invoca para ti. La paja mojándose de ti.



DUODÉCIMO

La niña juega con la nada
Lo desconocido le ensucia el pelo
En su silencio, inventa muertes y cometas
La niña crece con dificultad
El mundo, una huella minúscula
Las otras niñas, lejos
 Aquella niña que jugaba al sol

DÉCIMO TERCERO

Soplaba sobre las flores marchitas
como en la vela de
cumpleaños

DÉCIMO CUARTO

El olor del pan recién sacado del horno altera tu conciencia:

el aire se cubre de polvo como los libros olvidados en las estanterías, y los antepasados retornan a la vida. En realidad, no retorna nada porque todo está siempre: cada intención, cada imagen, todas las palabras están, eternamente, en el lugar donde se generaron: el devenir las suplanta con otras intenciones, con otras imágenes, con otras palabras, hasta que la parcela de presente a la que atribuimos la condición de realidad está tan gastada, tan vieja e inútil, como los papeles reutilizados muchas veces o las maderas que han cambiado de uso muchas veces.

Es así que, de pronto, tenemos la insolente certeza de que ya hemos estado en alguna parte nueva, sin embargo, en nuestra experiencia. Y es probable que lo sepamos pero no podamos demostrarlo: habremos estado, en otro tiempo, acaso, o en otro alguien que ahora sentimos en nuestro tiempo propio. Viajamos, ignorándolo quizás, por la historia, por los pensamientos, por el anonimato de otros, como otros lo han hecho, lo harán también, por los nuestros.

Existir: ser la voz que cambia de cuerpo y de territorio; usurpar el espacio de otros; ocupar su hogar, sus caminos, la lengua con la se refirieron al mundo.

Re-encarnar.

(La siembra, por ejemplo, es ya miga y corteza, como las guadañas y los trillos).

DÉCIMO QUINTO

El agua,
si no danza ese pájaro que despertó al olvido.

El viento,
si la paja no escribe la canción de ese pájaro.

El olvido:
una muchacha llora; no ha encontrado la fuente.

DÉCIMO SEXTO

Hombre sentado en el alba del mundo:
pausadamente, sus ojos leen la razón de la espiga.

DÉCIMO SÉPTIMO

Alzas la frente:
arrugas, zumbido de la Tierra, ausencia de golondrinas:
porque ahora estás.

DÉCIMO OCTAVO

Un hombre es parte de nuestra cita:
su testimonio horada la raíz, borra los pactos del otoño.

DÉCIMO NOVENO

Apagarás el fuego
con tu sombra. Te llenarás los bolsillos
de ceniza.

VIGÉSIMO

Con la paja,
hice montoncitos de soledad.
Me entristece destruirlos.

VIGÉSIMO PRIMERO

En el espejo, la niña: ¿quién le ha dicho al cuerpo que crezca?
Escondida en el azogue, la mujer: se lo has pedido tú, sin saberlo.

VIGÉSIMO SEGUNDO

La sierpe mama de las ubres de la vaca. Uncida, la vaca babea trabajosos mitos que el campesino acepta.

La sierpe buscará a su madre, la reconocerá por el olor a leche, la seguirá del trigal a la cuadra, velará su descanso, se morirá enroscada a los tobillos flácidos.

El campesino interpreta los mugidos de la vaca, los canta alrededor del fuego cuando anochece.

VIGÉSIMO TERCERO

La ausencia se parece a los espejos que asustan a los niños en las entradas de las casas. Recordar su silencio es un regreso al mundo y al abismo que hemos de transitar para crecer.

Un niño es una sombra que respira delante de los espejos, que se reconoce ajeno a sí haciendo muecas, imitando a los otros ante el espejo; esos otros, mezclados los vivos y los muertos, se hacen un niño que cambia de rostro y que aprende los otros rostros llevándolos al suyo:

Mira cómo se ocultan diciendo “no hago nada” cuando se les pregunta a los niños eso de “qué estás haciendo”. No, aún es peor cuando los adultos se ríen porque te han visto, antes de hacer la pregunta, hacer lo que estabas haciendo.

Estar haciendo algo. Habría que contestar “estoy aprendiendo de ti, y os estoy aprendiendo a todos, incluso a esos que viven en mi imaginación o que se han metido en ella cuando, sin yo llamarlos, saltaban de los libros y de las películas a mis ojos y a la voz”.

Estoy aprendiendo la inutilidad triste de querer estar solo.